

esto es, instruyendo á los hombres sobre la manera de servir á Dios, defendiéndolos del ardor de las pasiones y de los acometimientos del enemigo, y portándose ellos mismos en sus palabras y obras de tal suerte, que merezcan ser especialmente guiados por el espíritu de Dios en esta empresa. Pero desgraciadamente se hacen ahora las cosas muy de otro modo.» Continúa Nider diciendo, que los concilios de Constanza y Basilea se han propuesto como especial cometido la reforma de la Iglesia en su cabeza y en sus miembros; que principalmente en Basilea se ha hablado mucho de la reformación de la Iglesia, y el Concilio se ha llamado, en el título de casi todas sus bulas, Concilio de reforma, llegando á constituir una especial comisión reformatoria. «Mas ahora acontece, que se ha tratado ya por espacio de seis años de la reformación de los diferentes estados, sin que hayamos podido no obstante, percibir resultado ninguno.» ¿Debemos, pues, para lo futuro, esperar una total reforma de la Iglesia en su cabeza y en sus miembros? «Respecto de la reformación total de la Iglesia en el presente y en un porvenir próximo — responde Nider —, no tengo absolutamente ninguna esperanza; pues, por una parte falta la buena voluntad en los súbditos, y por otra, la mala disposición de los prelados le opone un obstáculo; y finalmente, es de provecho para los elegidos de Dios el ser probados con persecuciones por parte de los malos. De ello te ofrece un ejemplo la Arquitectura; pues, cuando un arquitecto, por muy hábil que sea, no tiene buenos materiales de piedra y madera, nunca podrá llevar á perfección un edificio; y aun cuando haya madera y piedra de la calidad más excelente, si falta el arquitecto, nunca obtendremos una casa y habitación provechosa. Y si tú supieras que á tus amigos no les sirve de provecho la casa que han edificado, ó que les sirve de estorbo, por cierto obrarías prudentemente no edificando. Aplica estos tres casos á la total reformación de la Iglesia y reconocerás su imposibilidad. Por el contrario, no dudo que sea posible una reformación particular de la Iglesia en muchos estados y Órdenes» (1).

Este fué el camino que siguió Eugenio IV, emprendiendo la reforma de la Iglesia de la única manera posible y provechosa en las circunstancias de aquella época, mediante la reformación y regeneración de las Ordenes religiosas, y luego también del Cle-

(1) Schieler, Joh. Nider 188-189.

ro. Las terribles tormentas que descargaron sobre el Papado, se atravesaron muchas veces como insuperable obstáculo en el camino del Papa, animado de la mejor voluntad (1); á pesar de lo cual, dirigió éste su atención durante todo su reinado al mejoramiento de las costumbres entre el clero secular y regular. Mientras en Basilea se hablaba continuamente de reforma, pero en realidad se hacía muy poco por ella, Eugenio IV, ya en 1432, emprendió la reformación del clero romano y se ocupó en ella aun durante su destierro (2); y también después de su regreso á Roma, tuvo siempre ante los ojos con grande empeño la disciplina del clero romano (3). De qué manera el Papa, durante su larga mansión en Florencia, reformara los monasterios de esta ciudad y sus alrededores, lo ha descrito detenidamente Vespasiano da Bisticci (4). El designio de Eugenio IV era reducir todos los conventos de los franciscanos á la estrecha observancia; plan que, á la verdad, no pudo poner por obra á causa de las circunstancias desfavorables de la época. Con estos esfuerzos del Papa, está estrechamente enlazado el favor que dispensó Eugenio IV á los que fueron «columnas de la observancia»: Bernardino de Sena, Juan de Capistrano y Alberto da Sarteano. Apenas fallecido el primero (1444) se introdujo el proceso en orden á su canoni-

(1) Ya á 6 Julio 1431 escribía Eugenio IV á Juan «Dux Britanniae»: «Nos enim reformationem cleri semper dum essemus in minoribus optabamus et ad papatum assumpti ad eam totis affectibus anhelamus, et nisi nos ad curas alias necessarie distraxisset turbatio nobis illata per nonnullos rebelles ecclesiae, huiusmodi reformationi magnum iam principium dedissemus, quod tamen cito per Dei gratiam superatis iis difficultatibus faciemus.» Este escrito que yo sepa, aún inedito, lo hallé en el Cod. I, 75-76 f. 82<sup>b</sup> de la *Biblioteca Borghese de Roma*.

(2) Cf. Bullar. V, 6-10: Ordenaciones para la reforma del clero de la ciudad de Roma 1432 Febr. 23. Ibid. 16-17 una bula contra simoniaca pravitatis reos eorumque mediatores, fechada 18 Mayo 1434, sobre reformas en la Penitenciaría cf. Röm. Quartalschr. 1897 p. 282. Con especial celo promovió Eugenio IV el alejamiento de Letrán de los canónigos seculares, á los cuales substituyó con clérigos regulares; cf. el \* Breve de 8 Febrero 1439 en el *Archivo de Letrán*.

(3) Cf. su escrito á los obispos de Aquila y Bolonia referente á la reforma de los clérigos de Letrán fechado en Roma. 1445. Nono Kal. Ianuar. A<sup>o</sup> XV<sup>o</sup>. Reg. 377 f. 296<sup>b</sup>. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Mai, Spicil. I, 10 sq. Cf. las bulas de reforma de Eugenio IV, de 18 Marzo, 1434, y 30 Abril 1438 en el *Archivo público de Florencia* (Bonifazio y Cicerst. di Firenze). Buenas observaciones acerca de la reforma de los monasterios en el siglo xv se hallan en Weiss, Vor der Reformation 23 ss.

zación (1). El Papa consagró un interés especial á la Congregación de benedictinos reformados de Santa Justina de Padua; y aun siendo cardenal, había ya trasplantado una colonia de ella á San Pablo, extramuros de Roma. Luego, al principio de su pontificado, tomó toda aquella Congregación bajo su amparo, concediéndole numerosas gracias y privilegios, por efecto de los cuales alcanzó un extraordinario crecimiento. Solamente en tiempo de Eugenio IV, se adhirieron á ella: San Polirone, en el obispado de Mantua; San Giorgio, en el de Cività Castellana; San Severino, en el Estado de Nápoles; San Ángelo de Gaeta; San Pietro de Perusa; San Próculo de Bolonia; San Pietro de Módena; San Sixto, de Plasencia; San Pietro de' Glisciate, de Milán; y á los miembros de esta excelente Congregación utilizó principalmente Eugenio IV en la reforma de todas las Ordenes. El influjo y ejemplo de Santa Justina se extendieron con el tiempo aun más allá de los límites de Italia; en España se formó, según su modelo, la Congregación de benedictinos de Valladolid, para la cual hizo componer Eugenio IV una declaración de la Regla de la fundación (2); y hasta los últimos años de su gobierno se ocupó el Papa incansablemente en promover las asociaciones monásticas (3), y principalmente la reforma de las Ordenes (4).

(1) Wadding XI, 233 sq. Glassberger 307 ss. Albert 557 s. Minge, *Gesch. der Franziskaner in Bayern* (München 1896) 45. Thureau-Dangin 143 ss. 271 ss. 281 ss. 324 ss. Cf. infra, Lib. III, cap. 3. Cf. también Wetzler-Weltes *Kirchenlexikon IV*<sup>2</sup>, 1664.

(2) Cf. Bullar. Casinen. I, 51 sqq. 58 sqq.; Bull. V, 3 sqq. 11 sqq. 21 sqq. 27 sqq.; *Katholik* 1859, II, 1499; 1860, I, 206 ss; cf. también *Benedikt-Studien* 1890 p. 581 s.; 1899 p. 282, y *Histor. Jahrb.* V, 320 s.

(3) Cf. Bull. V, 17 sqq. 29 sqq. 52 sqq. 54 sqq. 65 sqq. 70 sqq.; Heimbucher I, 195. 211. 488. 581; II, 9. 331. 334. De las otras disposiciones eclesiásticas de Eugenio IV hay que mencionar aún su constitución referente al colegio cardenalicio, á la elección pontificia (Bull. V, 2 sqq. 34 sqq. 87 sqq.), la canonización del eremita agustiniano Niccoló da Tolentino (Bull. V, 85 sqq.; cf. Barbier de Montault III, 383), una ordenación para fomentar la veneración del Ssmo. Sacramento (Bull. V, 14 sqq.; Hoffmann 217), la condenación de los errores de Juan de Poliacó (Bull. V, 84 sqq.). Sobre la ejecución, aun no bastante explicada del carmelita Tomás Conecte, cf. con Wetzler u. Weltes *Kirchenlexikon III*<sup>2</sup>, 235 s. y Lea III, 208 s. el *Giorn. ligust.* 1890 p. 180 ss. De qué manera protegió Eugenio IV á S. Bernardino, lo refiere Alessio 295 ss. Un \* breve de Eugenio IV al rey Eduardo de Portugal en defensa de la inmunidad eclesiástica, de 19 Junio 1436, se halla en copia en el *Archivio público de Florencia*, Arch. Dipl.

(4) Muchos documentos aquí pertenecientes están todavía inéditos (así por ej. en una carta de 19 Julio 1446 al arzobispo de Génova, se habla de quedam

Fué de grande importancia la protección que otorgó Eugenio IV á las artes y á los artistas, haciendo, en este respecto, todo lo que podía hacerse en una época por extremo turbulenta.

La conducta del Papa veneciano respecto de las artes, sobre la cual han esparcido clara luz las recientes investigaciones, merece una más detenida consideración, principalmente á causa de haber Eugenio IV preparado en cierto modo el camino á su gran sucesor; pues si bien es inexacto afirmar (1), que con Eugenio IV haya empezado la serie de los papas del Renacimiento, fué él, no obstante, el que preparó la transición á dichos papas; lo cual se ve con mucha más claridad en el terreno de las artes que en el de la literatura (2).

A semejanza de Martín V, Eugenio IV, aunque vivió con tan gran sencillez y modestia como él, no hallaba ninguna suntuosidad demasiado grande para el culto. La tiara que encargó á Ghiberti, debió ser un portento de magnificencia y de maravilloso efecto de color. Sólo el oro empleado en ella pesaba quince libras, á que se agregaban las perlas y piedras preciosas hasta el peso de cinco libras y media; el valor de estas joyas—rubíes, zafiros, esmeraldas y perlas (entre ellas algunas del tamaño de una avellana)—fué apreciado por los joyeros florentinos en 38,000 ducados de oro (casi dos millones de francos); y todavía de más estima que esta rechispeante riqueza, eran las figuras y ornamentos de oro, labrado con destreza maravillosa, que le añadió Ghiberti. En la parte anterior estaba cincelada la imagen del Salvador en su trono, en la posterior María, ambas rodeadas de ángeles; en pape mandata de reformatione monasterior. sanctor. Iacobi et Philippi. *Archivio público de Génova* Litt. vol. XIII), pero también en las obras impresas, principalmente en Wadding X et XI, así como en Glasberger y en el Bull. ord. praed., se hallan numerosas pruebas de haber Eugenio IV fomentado la reforma de los monasterios. Cf. también Bull. IV, 33 sqq. 39 sqq. 81 sqq.; Bull. Vat. II, 95. 96. 103; Mandalari 4; Binder, Ch. Pirkheimer, 2. Aufl. (Freiburg 1878) 14; Brune 213; *Libri commem. di Venezia* 1896 IV, 177. 276; Belgrano 476 s.; Villanueva XV, 14; Rocchi, Grottaferrata 79; *Rev. Bénéd.* 1898 p. 136 s. y *Repert. germ.* I, LXXV sq. El mandamiento aún inédito de Eugenio IV para la visita de la diócesis de Aquilea, fechado en Bolonia 27 Agosto 1436, se halla en copia en la *Bibliot. de S. Daniel*, sección Fontanini 74, 505.

(1) De Gregorovius, *Grabmäler*, 2. Aufl. p. 86.

(2) Sobre la compra de manuscritos hecha por Eugenio IV, cf. Müntz, *Bibl.* 6 ss. Cf. Kraus, *Dante* 754. La Biblioteca de Eugenio IV comprendía en 1443 unos 350 volúmenes, entre ellos Livio, Cicerón, Ovidio, Séneca, Galeno etcétera; pero por lo demás obras en su mayor parte teológicas; cf. *Stimmen aus Maria-Laach* LX (1901), 370 s.

los lados se veían medallones con los bustos de los evangelistas, y en el borde inferior una guirnalda de pequeños ángeles (1). Este lujo del Papa, que á la sazón moraba todavía en el destierro, sólo se comprende cuando se considera que aquella tiara estaba destinada para un acto que se consideraba como un gran triunfo del Pontificado, entonces combatido á muerte por los de Basilea; es á saber, para la solemnidad de la unión con los griegos.

En la Ciudad eterna procuró también Eugenio IV, siguiendo en este punto las huellas de su enérgico predecesor, promover ante todo el restablecimiento de las iglesias, sin olvidar no obstante los edificios seculares, las puertas, los muros y el castillo de Sant-Ángelo. En las iglesias de San Pedro, San Pablo, Santa María la Mayor, Santa María sopra Minerva, Santa María in Trastevere, S. Spirito in Sassia, y en Letrán, ordenó el Papa trabajos de restauración (2), y en la última de las mencionadas iglesias mandó acabar por Vittore Pisanello, los frescos principados en tiempo de Martín V por Gentile da Fabriano sobre asuntos de la vida de San Juan Bautista (3). En Santa María sopra Minerva trabajó el célebre miniaturista francés Jean Foucquet (4), y también Donatello estuvo algún tiempo al servicio del Papa (5), el

(1) Vasari I, xxxiii; Müntz, Les Arts I, 36. 53 é Hist. de l'art I, 85. Kinkel 2956. Acerca de la magnificencia de Eugenio IV, dice bien Müntz; «On reconnaît le Vénitien à cet amour du luxe, de la couleur» (I, 36). Sobre las tiaras de Eugenio cf. asimismo Müntz, La Tiare 58 s.

(2) Müntz, Les Arts I, 38 ss. 48 ss. 50 ss.; Anc. Basiliq. 5 6; Mél. d'arch. V, 322 ss.; Arch. stor. dell'Arte VI, 292; Rasponus 31. 93; Rohault 350; Barbier de Montault I, 399. 417. 464 ss.; Mignanti I, 39. 352; Grisar en la Röm. Quartalschr. 1895 p. 289; Grisar, Anal. I, 496. 500; Jahrb. der preusz. Kunstsamml. 1900 p. 35. Respecto á nuevas edificaciones pasaba lo propio que bajo Martín V. Eran relativamente pocas. «Quand nous aurons cité le palais de la Monnaie, le presbytère du Latran et, en dehors de Rome, le palais de Bologne, nous en aurons à peu près épuisé la liste» (Müntz l. c. I, 32). Acerca de las construcciones de los cardenales cf. Reumont III, 1, 376-377.

(3) Müntz, Les Arts I, 46-47. Cf. v. Ottenthal en las Mitteilungen V, 441.

(4) Foucquet pintó un retrato de Eugenio IV que se hallaba en la sacristía de Sta. Maria sopra Minerva, pero desapareció desde el siglo xviii; cf. Montaignon en Arch. de l'art français, 2. Serie, I, 454 ss. y Kenner 134. Acerca de la imagen de la antigua iglesia de S. Pedro, de Foucquet cf. Durrieu en Mélang. G. B. de Rossi (Rome 1892) 229 ss.

(5) Donatello recibió el encargo de ejecutar las decoraciones para la fiesta de la coronación imperial de Segismundo. Probablemente se construyó entonces el hermoso altar de piedra de Tívoli que se conserva aún en la capilla de los beneficiados de S. Pedro, descrito y copiado en Schmarsow, Donatello 31 s. Cf. Semper 62 s., y Jahrb. der preusz. Kunstsamml. 1901 p. 6 s.

cual ciertamente hubiera favorecido todavía más las artes, si las tormentas político-elesiásticas no hubieran desviado mucho tiempo su atención hacia otros asuntos; pero, aun durante su destierro acertó Eugenio IV á destinar no pequeñas cantidades de dinero para los trabajos de restauración de Roma, enviando, por ejemplo, sólo en 1437-1438, más de 3.000 ducados (1). Y aunque en tiempo de Eugenio continuó la costumbre de utilizar preciosos materiales de monumentos antiguos, para la restauración de los edificios cristianos, pertenece no obstante á este Papa el mérito de haber restaurado uno de los más excelentes edificios de la Antigüedad: el Panteón, convertido en iglesia de Santa María Rotonda. Por orden suya se renovó la techumbre de aquel imponente edificio circular y se descubrieron hasta sus bases las preciosas columnas de granito del pórtico, embaldosando de piedra de Tívoli el ingreso y el pavimento. En esta ocasión se hallaron dos leones de basalto de procedencia egipcia, los cuales posteriormente mandó Pío VII trasladar al Museo egipcio del Vaticano, y una maravillosa urna de pórfido que la fantasía de los contemporáneos tuvo por el sarcófago de Agrippa, y ahora adorna en Letrán el magnífico sepulcro de Clemente XII (2). También la venerable construcción del Colosseo mereció la solicitud de Eugenio IV, quien por una ordenación decretada desde Florencia, puso coto á la destrucción que en él hacían los romanos especuladores y arquitectos. «Destruir los monumentos de Roma—se decía en ella—equivale á menoscabar el decoro de la Ciudad y de todo el orbe de la tierra; por lo cual, se prohíbe so graves penas quitar la más pequeña piedra del Colosseo ó de cualquiera edificio antiguo» (3).

Ya hemos hecho mención del profundo influjo que ejerció en Eugenio IV su larga mansión en Florencia, que era entonces el

(1) Müntz I, 37.

(2) Müntz, Les Arts I, 34-35. Plattner-Bunsen III, 3, 346. R. Schöner, Das römische Pantheon (Allgemeine-Zeitung 1883 Nr. 336). Mél d'archéol. 1888, p. 449 s.

(3) V. Lanciani en Rendiconti d. r. Accad. dei Lincei 5. Serie, V (1896), 3. Cf. Anal. Bolland. 1897, XVI, 212 sq. y Stimmen aus Maria Laach LV, 462, donde se advierte justamente, que aquella ordenación manifiesta no haber sido siempre indiferencia ó falta de juicio lo que en tiempo de Eugenio IV y sus sucesores (cf. infra Lib. III, secc. 1) ocasionó tantas devastaciones en los antiguos monumentos ó las toleró, sino la implacable necesidad que redujo al silencio otras consideraciones bien conocidas.

centro del Renacimiento; pero hemos de volver todavía sobre este punto.

En Florencia fué donde Eugenio IV vió las primeras puertas del Baptisterio hechura de Ghiberti, y es una conjetura muy fundada, que la vista de aquella maravillosa obra dió ocasión al Papa para que mandase ejecutar otra joya semejante para la iglesia principal de Roma, y así el arquitecto florentino Antonio Averulino, llamado Filarete, recibió de Eugenio IV el encargo de fundir unas puertas de bronce para la iglesia de San Pedro, las cuales fueron después doradas, y, colocadas á 26 de Junio de 1445, adornan todavía hoy la puerta central de la principal iglesia de la Cristiandad. Cada hoja de ellas tiene dos grandes paneles y otro menor, cuya disposición se corresponde mutuamente; en la hoja de la izquierda se representa al Salvador en su trono y debajo á San Pablo, y en la de la derecha, á la Virgen María, y debajo á San Pedro entregando las llaves al Papa Eugenio IV, arrodillado á sus pies. En los paneles inferiores están representados los martirios de los dos príncipes de los Apóstoles. Entre estos relieves se hallan otros menores con asuntos de la vida de Eugenio IV (coronación del emperador Segismundo, unión de los griegos y jacobitas), y aunque estos trabajos no pueden ponerse en parangón con su modelo florentino, con todo, la elección de los asuntos es oportuna y significativa, lo cual no se puede decir de las pequeñas figuras del marco, distribuídas parte entre la rica guirnalda de acanto, parte entre ésta y los bordes lisos. Filarete incurrió aquí en el mal gusto de representar, no sólo los bustos de los emperadores romanos, sino también á Marte, Roma, Júpiter y Ganímedes, Hero y Leander, dioses y ninfas desnudos, y aun á Leda con el cisne; bien que el cuerpo de Leda está cubierto con un ropaje cerrado hasta el cuello; y por otra parte, estas figuras son tan pequeñas, que fácilmente escapan á la observación somera del espectador; mas, á pesar de esto, es indudable que contienen una absurda contradicción con el destino de las puertas para la más venerable iglesia de la Cristiandad. El pernicioso influjo del renacimiento pagano se muestra aquí patente, y ante esa mezcla del Cristianismo y de la Antigüedad pagana, no excusada por la alegoría, recuerda uno involuntariamente los poemas de los humanistas, en los cuales Cristo y los dioses del paganismo se representan ingenuamente en amigable consorcio; pero aque-

lla época reparaba poco ó nada en faltas de tacto de este género que nos parecen ahora extremadamente ridículas (1).

Y, cosa digna de notarse; el mismo Papa que hizo poner estas puertas en San Pedro, tomó á su servicio al más piadoso de todos los artistas cristianos, Fra Angélico de Fiésole, debiendo este gran maestro, en cuyas obras alcanzó su mayor apogeo la tendencia mística de la pintura italiana, decorar en el Vaticano la capilla del Santísimo Sacramento, nuevamente fundada por Eugenio IV (2). Apenas puede señalarse otro hecho más adecuado que éste, para moderar un precipitado juicio absolutamente condenatorio, sobre la protección que al Renacimiento dispensaron los papas. Bien se ve que, no sólo en la literatura, sino también en el arte, se movió el primer período del Renacimiento entre los más rudos contrastes, y éstos fueron principalmente los que dieron su especial carácter al pontificado del sucesor de Eugenio IV.

(1) Hettner 73. 171. Plattner-Bunsen II, 1, 170 s. Sighart, Reliquien aus Rom (Augsburg 1855) 71 s. Geffroy 374-379. Müntz, Hist. de l'art I, 259 (allí hay también un facsímile), 397. 573 s. v. Oettingen, Ant. Averlino, genannt Filarete (Leipzig 1888) 6 ss. Cf. Piper, Christl, Mythologie I, 292 ss. 362. 425, 435, 444; II, 542. 644; Meyer, Künstlerlexikon I, 472; Müntz, Précurseurs 90-94; H. v. Tschudi. Los colaboradores de Filarete en las puertas de bronce de S. Pedro, en Janitschek, Repertorium 1884, VII, 291-294, y B. Sauer, Die Randreliefs an Filaretens Bronzethüren von St. Peter, ibid. 1897, XX, 1-23. Sauer hace verosímil que la mayor parte de las puertas se hizo durante la ausencia de Roma de Eugenio IV, lo cual es sustancial para el juicio de la obra. El artista quedó entregado á su propia inspiración, desde 1434 á 1443, y mostró la obra ya casi concluída á Eugenio al regreso del Papa, el cual, inclinado en favor del arte, pero no de la Antigüedad pagana, no podía aprobarla, pero bien ó mal no podía tampoco dejar de admitirla, consolándose, sin duda, con la consideración, que la mayoría de los espectadores no observarían ó no entenderían los accesorios inoportunos, ejecutados en tan diminutas proporciones. Graus (Kirchenschmuck 1890 p. 75) juzga que la mencionada decoración gentilica no es peor apenas que la multitud de monstruos que representaban los artistas en el estilo gótico, los cuales podían bien representar los vicios del paganismo vendidos por la fe divina.

(2) Müntz I, 91. Cf. Albertini 12. Es de notar que Eugenio IV llamó también otras veces artistas de la Orden dominicana, como él mismo residió en Florencia en el convento de aquella Orden (l. c. I. 34). Acerca del dominico Antonio de Viterbo cf. la noticia que se le pasó por alto á Müntz, de N. della Tuccia (206) según el cual, las puertas de madera labradas por este artífice para S. Pedro, estaban casi del todo acabadas cuando murió Eugenio IV.

## ÍNDICE DE LAS PERSONAS CITADAS en el presente volumen <sup>(1)</sup>

- Acciapacci, Niccolò di (cardenal) 458, 490.  
Acerno, Tomás de, 248, 265.  
Adimaro, Alamanno (cardenal) 375, 414.  
Adorno (dux de Génova) 281.  
Aguzzonis, Francisco de, 252, 253, 268.  
Aigrefeuille (cardenal) 246.  
Ailly, Pedro d' (cardenal) 275, 306, 317, 385, 332, 336.  
Alain (cardenal) vid. Coetivy, Alain de.  
Albergati, Niccolò (cardenal arzobispo de Bolonia) 155, 175, 401, **406-407**, 445, 446.  
Alberti, Alberto degli (cardenal) 458.  
Alberti, León Bautista, (Arquitecto y humanista) 444.  
Alberto de Baviera-Munich, 467.  
Alberto (margrave de Brandeburgo) 483, 484, 486.  
Alberto de Austria, (archiduque, hermano de Federico III) 468.  
Alberto II (rey de Alemania) 473.  
Albizzi, Rinaldo degli, 139.  
Albornoz (cardenal) 215.  
Aleman, Luis d' (cardenal) 401, 402, 447, **450-451**, 466.  
Alejandro V, vid. Filargio.  
Alejandro VI, vid. Borja, Rodrigo.  
Alessio, 494.  
Alfonso V (rey de Aragón y Nápoles) 132, 376, **413-417**, 437, 468, **469-472**.  
Alfonso V (rey de Portugal) 475.  
Alidosio, Bertrán de, 222.  
Alpartil, Martín de (cronista) 415.  
Amadeo de Saboya (antipapa Félix V) 298, 466-467, 471.  
Amelio, Pedro, (cronista) 230.  
Amurates II, 464.  
Ana de Bohemia, 290.  
Ancharano, Pedro, 326.  
Andrés (agustino) 155.  
Andrés da Cascia, 370.  
Andrés de Escobar, 326.  
Andrés de Peschiera (dominico) 155.  
Angela Caterina (beata) 154.  
Angela Félix (beata) 154.  
Angélico, Fra Giovanni, de Fiesole, 148, 154, 155, 175, 354, 499.  
Angelina de Marsciano (beata) 154.  
Angelo de Chiavasso (beato) 154.  
Anjou, Juan de (hermano de Renato) 392.  
Anjou, Luis de, 259, 265. **303-304**, 415.  
Anjou, Roberto de (rey de Nápoles) 202.  
Anjou-Provenza, Renato de, 392.  
Antón de Bamberg (obispo) 484.  
Antonino, San (arzobispo de Florencia, **154**, 155).  
Antonio de Bitonto, 144, 150.  
Antonio de Rimini, 144.  
Antonio de Stronconio, 154.  
Antonio de Vercelli, 144.  
Antonio de Viterbo, 499.  
Antonius ab Ecclesia (beato) 155.  
Appiani, Gerardo (señor de Piombino) 361.  
Arcangelo de Calatafimi (beato) 154.  
Ardicini della Porta (cardenal) 402.  
Aretino, Leonardo (humanista) 248.  
Armagnac, Juan de, 415, 416, 417.  
Arragazzi, Bartolomé, 394, 397.  
Averulino, Antonio (Filarete) 498.

(1) Los números de trazo más grueso, indican los pasajes más importantes.